

J.M. GUTSCH
MAXIM LEO



FRANKIE

Seix Barral



Seix Barral Biblioteca Formentor

J.M. Gutsch & Maxim Leo Frankie

Traducción del alemán por
María José Díez Pérez

Título original: *Frankie*

© Penguin Verlag, una división de Penguin Random House Verlagsgruppe GmbH, Múnich, Alemania - www.penguinrandomhouse.de. Derechos negociados con Ute Körner Literary Agent - www.uklitag.com, 2023

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-322-4382-0

Depósito legal: B. 14.890-2024

Composición: realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas

Printed in Spain - Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

EL HILO

Me han dicho que una historia se empieza por el principio. Desde cero. Pero yo soy un gato y no sé nada de principios ni de ceros. Los humanos tienen un montón de normas para todo en la vida. Haz esto, haz lo otro. ¿Sinceramente? Es aburrido. Agotador. No es para mí. Por eso voy a empezar esta historia por otra parte. Quizá dé la casualidad de que es por el principio. O desde cero.

Era la estación buena, y con ello me refiero a que las tardes eran cálidas y luminosas y entre los tilos zumbaban las abejas. Una tarde de esas quería pasarme un momento a ver al profesor. Después contaré quién es el profesor. Porque ahora no viene al caso.

Así que enfilé el Camino Grande, que atraviesa el

pueblo por la mitad. Dejé atrás el lago, donde la hierba estaba alta, y me comí unos saltamontes. ¿Lo bueno de los saltamontes? Nunca se quejan cuando uno se los come. A diferencia de los pájaros. Los pájaros siempre montan un buen numerito. «¡No me comas! ¡Soy madre! ¡Tengo diez hijos en el nido!» Exageran una barbaridad. Pero yo, tonto de mí, siempre me quedo pasmado con el pájaro en la boca y me siento mal durante unos instantes.

Dejé atrás la iglesia del pueblo, la pajarera podrida, la meada maloliente del gordo de Heinz (rottweiler), dos estercoleros en los que no había nada bueno, ni tan siquiera medio bueno, solo achicoria, cáscaras de huevo, mondas de patata, peladuras de manzana. Un consejito para vosotros, humanos: un estercolero donde solo hay cáscaras, mondas y peladuras es de tacaños.

Dejé atrás la gran montaña de arena donde pronto empieza el bosque y tras la que el mundo termina. Iba caminando feliz y contento, con gran indolencia, anda que te anda al atardecer, me colé por una cerca de madera vieja y llegué al jardín de la casa abandonada. Todo el mundo la llama «la casa abandonada» porque los humanos de la ciudad que vivían ahí los veranos un buen día dejaron de venir.

Por todas partes hay cortinas detrás de las ventanas cerradas y en invierno el viento aúlla al pasar por

la casa abandonada y el gordo de Heinz, que es tonto del culo, dice que en ella vive una manada de hombres lobo.

Pero ahora viene lo bueno. Prácticamente había dejado atrás la casa abandonada cuando vi en ella a un hombre. ¡Dentro de la casa abandonada! Me quedé tan perplejo que corrí a esconderme detrás de una mata, porque casi me muero del susto. Y ahí estaba, pensando: «Mierda, Frankie. ¿Y ahora qué haces?».

Me habría gustado salir corriendo para ir a contarles el notición a todos los que conozco. Aunque, como es natural, de haberlo hecho me habrían cosido a preguntas: Y ¿cómo era el hombre, Frankie? ¿Cómo olía el hombre, Frankie? ¿Qué hay de comer en la casa de ese hombre, Frankie? ¿Estás completamente seguro de que no es un hombre lobo, Frankie?

Cuando de repente una casa abandonada ya no está abandonada, se plantean un montón de interrogantes, todo el mundo quiere saber los detalles. Y si uno no los tiene, se queda parado con cara de tonto.

Así que hice lo que haría cualquier buen gato en una situación así: me asomé por detrás de la mata.

Agucé el oído.

Me asomé.

Agucé el oído.

Me asomé.

Y así estuve un buen rato. Abreviaré, porque no pasó nada.

Agucé el oído.

Me asomé.

Etcétera, etcétera.

Después me acerqué un poco, sigilosamente, piano piano, observé desde unas cuantas colas de gato de distancia por la gran ventana y reuní detalles.

Detalle 1: Efectivamente, allí había un hombre.

Detalle 2: Estaba subido a una silla.

Detalle 3: Del techo de la habitación colgaba un hilo.

Detalle 4: El hombre tenía el hilo alrededor del cuello.

Detalle 5: Ampliación del Detalle 4: El hilo era muy gordo.

¿Sinceramente? Yo nunca había visto un hilo tan magnífico. Es preciso que sepáis que me chiflan los hilos. Cuando aún vivía con la anciana señora Berkowitz, jugábamos casi todos los días con un hilo. Del que nunca colgaba un hombre, a veces un ratón, pero no de verdad, sino de lana, aunque los humanos piensan que los gatos pensamos que es de verdad. Pues no. No somos tontos.

Y al ver ese hilo tan bonito, de pronto me acordé

de la anciana señora Berkowitz y de la mejor época de mi vida, que no duró mucho, porque un buen día la anciana señora Berkowitz estaba tumbada en el jardín y poco después llegaron dos hombres, todos vestidos de blanco, y metieron a la anciana señora Berkowitz en un coche que tenía luces que parpadeaban en el tejado y no la volví a ver.

El recuerdo me puso un poco mustio e hizo que me entraran ganas de decirle al hombre: «¡Eh, tú! ¡El que está jugando con el hilo! ¡Ese hilo tan guay! ¡Puedo jugar contigo?». ».

No podía hacer eso.

Así que esto fue lo que hice: reuní todo mi valor, salté al alféizar de la ventana y miré dentro. El hombre estaba subido a una silla, con el hilo alrededor del cuello. Entonces me vio y se sorprendió. Pero no se sorprendió para bien, sino que me miró con mala cara. Abrió y cerró la boca como una carpa y me dijo algo que no entendí, porque él estaba detrás del cristal y yo delante. Lógico.

Empecé a parpadear. Aquí tenéis otro dato importante para vosotros, humanos: cuando un gato parpadea, el gesto viene a ser como una sonrisa. Parpadear significa: todo bien. Estoy de buen humor. ¿Qué onda? Así que me puse a parpadear como un loco delante de la ventana, aunque por lo visto el

hombre también era tonto del culo, como el gordo de Heinz, y no se enteró.

Lo que hizo fue agitar los brazos, mirando hacia mí. Levanté la pata derecha para darle a entender: Eh, todo guay. Te entiendo. Cuando uno juega con un hilo todo es una locura. Pero ¿sinceramente? El agitar de brazos era inquietante. Así que, para tranquilizarme, empecé a lamerme entre las patas, porque estaba supernervioso y no sabía qué hacer: «¿Y ahora qué, Frankie?».

Y de pronto todo sucedió muy deprisa. El hombre dejó el hilo, saltó de la silla, la puerta de la casa abandonada se abrió. El hombre gritó. Yo me bajé de la ventana de un salto. El hombre cogió una cosa y me la lanzó. Yo salí corriendo, aunque las patas me temblaban de miedo. ¡Como un flan! Vi venir una sombra. Algo llegó volando por detrás y me dio en la cabeza.

Y ya no recuerdo más.

Lo primero que volví a oír fue el viento, que me susurraba algo. Intenté prestar atención, pero no entendí lo que me decía. Estaba en el prado delantero de la casa abandonada. Sumamente cansado, y no me movía. Casi no podía abrir los ojos. Y el viento susurraba y susurraba, hasta que me di cuenta de que no era el viento. Era el hombre, que estaba delante de mí,

inclinado, hablando conmigo. Me daba golpecitos con la punta del pie, como si fuera una rata muerta o algo. Decía: «¿Estás bien?». Una pregunta bastante absurda, porque era evidente que bien no estaba. Después me sentí muy cansado y me volví a dormir.

La siguiente vez que me desperté, en un primer momento no supe dónde estaba. Me sentía bastante mustio, y miré a mi alrededor con cautela, solo un instante. Vi el magnífico hilo que colgaba del techo y entonces lo recordé todo. ¡Estaba *dentro* de la casa abandonada! Tumbado en un sofá, por si queréis saber los detalles, y debajo tenía papel, quizá un periódico viejo. Vi al hombre, que ahora estaba sentado enfrente de mí, en un sillón. Sostenía un teléfono pequeño contra la oreja y hablaba nerviosamente con alguien. Ni idea de con quién. Lo que sí os puedo decir es de qué hablaba: de mí.

El hombre decía por teléfono: «Tengo un minino muerto en casa. ¿Puede venir usted? Sí, de verdad que parece muy muerto. Pero no soy veterinario, por eso he llamado. No, el minino no es mío. Escuche usted, no sé de quién es el puñetero minino. ¿Que cómo es? ¿Qué importancia tiene eso? Es un minino de lo más normal. Atigrado gris, un poco sarnoso, le falta un trozo de una oreja. No, no sé qué lo ha matado. Sí, me

he encontrado al minino en el jardín. Oiga usted... Bien, mi dirección es... No, el minino...».

—¡Shoyungado! —exclamé.

Cosa que, naturalmente, no fue muy inteligente por mi parte. El profesor, al que ya conoceréis, dice a menudo que tengo que ser más inteligente en la vida o me meteré en muchos problemas.

Pero estaba cabreado. Primero casi me matan de un golpe y ahora ese humano no paraba de llamarme «minino», cuando soy un señor gato.

—¿Qué? —preguntó el hombre.

—¡Shoyungato!

Mi hombruno estaba un poco... ¿*cansado*? Y mi cabeza también, por la cosa que me había embestido. Debí de tirarme siglos repitiendo las palabras hasta que logré vocalizar:

—¡Soy un gato!

El hombre me miró con unos ojos como platos, como si yo fuera un monstruo.

Mi experiencia: cuando un gato dice algo, los humanos reaccionan superraro. ¡Siempre! Por eso he estado mucho tiempo sin decir nada. La última vez que abrí la boca fue delante de la tienda del pueblo. A una mujer se le cayó una cosa de la bolsa de la compra y le dije: «Hola, señora, ¿son tuyas estas bolsas de aspiradora?».

Y la mujer salió corriendo y dando gritos. La calle entera abajo. La muy tonta.

El hombruno es muy fácil. La primera palabra que dije fue «nieve». Y luego otras. En el refugio muchos animales hablaban hombruno, la anciana señora Berkowitz hablaba hombruno y su televisor también.

Yo antes hablaba mejor hombruno que gatuno.

Hoy sé unas diez lenguas. Que no es mucho. El profesor habla veintisiete, incluso cabruno, una lengua que casi no habla nadie, salvo las cabras. Sin idiomas un gato está perdido, y os diré por qué: diversidad de especies. Por todas partes uno se encuentra a otros animales que hablan otras lenguas y uno no se los puede comer a todos o abrirlos por la mitad o jugar con ellos hasta matarlos. En esos casos hay que hablar. Así son las cosas. No es idea mía. Por ejemplo, yo voy por el bosque y siempre hay una lechuza enorme. Se pasa el día entero posada en una rama y mirando con mala cara. Pero siempre que me topo con la lechuza enorme digo muy amablemente en lechuzo:

—Hola, lechuza. ¿Qué tal?

Y ella:

—Ahí vamos.

Yo:

—Ahí vamos, sí. No agaches las orejas, lechuza.

Ella:

—¿Tú bien, Frankie?

¿Veis? Hasta con una lechuza que se pasa el día entero en una rama se puede charlar tan ricamente. Los únicos que hacen cosas raras en cuanto hablo son los humanos.

El hombre seguía mirándome con unos ojos como platos y la boca abierta. Olí que tenía muchísimo miedo. Vi que estaba pensando. Y me dije: «Mantén el pico cerrado, Frankie. Y espera a ver qué pasa». Seguro que eso vuelve loco a un humano. Porque no sabe: «¿Estoy loco? ¿*De verdad* ha hablado el gato? ¿Es posible? ¿Estoy loco?».

El hombre me estuvo observando un buen rato. Como no pasaba nada y yo no decía nada, se retrepó en el sillón con cara de alivio y cerró la boca. Sacudió la cabeza, sonrió y dijo:

—Ay, vaya tontería.

Y yo contesté:

—No es ninguna tontería.

Eso acabó con él. Del todo. La cara se le puso blanca como el culo de un corzo.

Lo disfruté un poco. ¿Sinceramente? Más que un poco. Porque es mejor que los humanos tengan respeto. De lo contrario, uno no está seguro con ellos

y te dan puntapiés o te lanzan cosas. Y ahora el hombre tenía respeto.

Infinito.

Después de un buen rato, el hombre dijo:

—¿HABLAS?

Yo pensé: «Enhorabuena. Muy perspicaz». Me hablaba dando gritos y muy despacio. Una vez, con la anciana señora Berkowitz vi una película en la que unos hombres sentados alrededor de una hoguera hablaban con otros hombres que tenían la cara pintada y un ramillete de plumas en la cabeza. Y era exactamente igual: los hombres hablaban con los de las plumas como si estos fueran idiotas integrales.

El hombre dijo:

—YO. RICHARD. GOLD.

Mientras se daba toquécitos en el pecho.

Me pareció extraño pero gracioso, así que yo me di también toquécitos en el pecho y repuse:

—YO. FRANKIE.

El hombre preguntó:

—TU CABEZA. ¿DOLOR? ¿AY?

Yo:

—SÍ. AYAYAY.

El hombre:

—YO. LO. SIENTO.

Y después, por lo visto, el hombre no sabía qué más decir. Extendió con cautela la pata y la apoyó un instante en mi pata. Dijo:

—NO. MIEDO.

Me pareció gracioso. Y puesto que el hombre era gracioso, pensé que ya podíamos pasar a lo importante.

Yo:

—¿COMER-COMER? ¡HAMBRE!

Me señalé la barriga y la boca.

El hombre:

—¿COMER-COMER? ¿TÚ? YO IR POR COMIDA.

Y, a mi parecer, esas fueron las primeras palabras sensatas que dijo el hombre que se llamaba Richard Gold.